

LOLA REY

*El
final del
invierno*



Silvia y John sobreviven pidiendo e incluso robando en uno de los barrios más pobres de Londres. Sueñan con salir un día del barrio y vivir juntos su amor, pero el padre de la joven la vende a un noble.

John no pierde la esperanza de encontrarla algún día. Convertido en un hombre sin escrúpulos, se enriquece con negocios de juego y prostitución.

Cuando se reencuentran años más tarde, Silvia deberá decidir si acepta en su vida al hombre que ama pero que representa la sordidez que ha logrado dejar atrás.

Índice de contenido

Cubierta

El final del invierno

Dedicatoria

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segunda parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

A mis hijos, Pablo y Lucía

PRIMERA PARTE

Las horas que paso contigo son como un jardín perfumado, un tenue crepúsculo y una fuente cantarina... Tú y sólo tú logras que me sienta vivo. Otros hombres dicen que han visto ángeles, mas yo te vi a ti y me basta.

GEORGE MOORE

Capítulo 1

Silvia sintió que emergía de los dulces brazos de un benigno sueño cuando comenzó a notar la incomodidad y el dolor. El frío y el hambre, sumados a los zafios dedos de su padre, que se le clavaban en la suave piel, le hicieron comprender que un nuevo día comenzaba.

Con pereza se frotó los ojos y se estiró con abandono, resistiéndose a levantarse del jergón que compartía con su familia.

—¡Despierta ya! —Su padre no dejaba de zarandearla—. ¡Cada día eres más perezosa!

Se levantó y observó que, excepto Henry, su hermano menor, todos se habían puesto en pie ya. Su madre calentaba algo en el fogón, y sus hermanos mayores, Joseph y Charlie, le metían prisa de manera brusca y desconsiderada. Los miró con desagrado y tuvo el placer de comprobar cómo Charlie bajaba la vista, avergonzado. No obstante, tampoco podía culparlos; su padre solía insultar y pegar a su esposa por las cosas más tontas, y los hermanos habían aprendido pronto a no tratar de defenderla, pues entonces los golpes y las pullas se volvían contra ellos, lo que aumentaba el sufrimiento de la mujer.

Silvia se acercó a la pálida figura que, inmune a las recriminaciones de sus hijos mayores, removía lo que parecían ser unas gachas, y depositó un suave beso en su mejilla. Los tristes y cansados ojos de la mujer se volvieron ha-

cia su hija, y por un instante, una chispa de alegría brilló en ellos.

—¿Puedo ayudarte, mamá?

—No, cariño; ya casi he terminado.

La voz del padre, ronca por la bebida, interrumpió a las mujeres.

—¿Queréis dejar la cháchara? ¡Jamás he visto dos mujeres más inútiles que vosotras!

Con una mirada de alivio patéticamente evidente, la madre de Silvia apartó la cacerola del fuego. Todos se sentaron alrededor de la única mesa que había en la paupérrima casita de tablones en la que convivían, cerca de St. Katharine Docks, en el East End.

Mientras comían juntos del mismo recipiente, Silvia los observó.

Su madre tenía el pelo enmarañado y grisáceo, y lo llevaba recogido en un moño. Debía de haber sido bonita alguna vez; sus ojos verdes, que ella había heredado, y la finura de los huesos de su cara daban fe de ello. Pero ahora, profundas arrugas de tristeza y preocupación surcaban sus mejillas y su frente, y su ojo izquierdo permanecía siempre entornado como consecuencia de un mal golpe que le había dado su padre. Las manos le temblaban ligeramente, como siempre desde que Silvia tenía uso de razón, y mantenía los ojos bajos, tratando de pasar desapercibida.

Recordaba que unos pocos años antes su madre se había sentado a menudo junto a ella y le había contado extrañas y maravillosas historias de un libro al que ella llamaba «el libro sagrado». Eran historias de muchachos que mataban gigantes con hondas, de un hijo que había abandonado su hogar y era recibido con los brazos abiertos, o de un joven que sobrevivía cuarenta días dentro de una ballena. También la despiojaba y le peinaba la larga cabellera rubia con los dedos, le cantaba y trataba de hacerle olvidar la miseria en la que vivían. Pero con el tiempo se

había vuelto cada vez más taciturna y silenciosa, y además Silvia sospechaba que la muerte, ese invierno, de sus dos hermanitos, Sally y Ned, cuando aún no eran más que bebés, había sido un golpe demasiado duro de soportar para ella.

Su padre, en cambio, ni siquiera había notado la falta de sus dos hijos pequeños, su único comentario había sido que ahora serían dos bocas menos que alimentar. Era un hombre grande y fuerte; su cuello se parecía al de un toro y sus manos eran como palas. El pelo era abundante y de color castaño claro, y su cara podría haber resultado atractiva de no mostrar siempre un gesto colérico y cruel.

Todos en la casa le temían. Tenía un genio vivo y solía desahogarse golpeando a quien se le pusiera por delante, especialmente a su pobre esposa, a la que parecía tener una inquina especial. Sus hermanos y ella misma habían aprendido desde muy pequeños a mantenerse alejados de él, pero eso a veces no era suficiente.

Silvia podía considerarse afortunada en ese sentido, ya que su padre se controlaba mucho para no golpearla. Trataba de conservar su aspecto angelical, ya que éste le reportaba buenos beneficios. Un ojo morado o un par de dientes menos habrían distorsionado su imagen virginal y pura.

Joseph y Charlie comían con prisa. Ambos engullían la espesa papilla sin importarles que una parte del contenido que cogían con las manos volviese a caer en el recipiente común. Nunca habían observado la más mínima norma de educación o decoro, y la verdad era que en el sitio en el que vivían esa clase de urbanidad no resultaba en absoluto necesaria; es más, sin duda habría servido para convertirlos en objeto de burla y escarnio. Silvia trataba de comportarse con algo de la corrección inculcada por su madre, aunque la pobre mujer ya no se ocupaba de esos asuntos, seguramente agobiada por problemas mucho mayores.

Su hermano Joseph era el más parecido al padre, tanto físicamente como en carácter. Era grande y robusto, y solía golpear a Charlie y Henry cuando se enfadaba. Aunque nunca les había levantado la mano ni a su madre ni a ella, Silvia estaba segura de que algún día acabaría haciéndolo.

Charlie, sin embargo, era mucho más tranquilo. Su cara mantenía constantemente una expresión de placidez casi bovina y carecía de la más mínima picardía. Silvia sentía por él mucho más afecto que por Joseph, al que temía y evitaba casi tanto como a su padre.

En ese momento, Henry, al que apenas llevaba dos años, se acercó a la mesa frotándose sus vivos ojos castaños. Era un chico extraño, delgado y despierto; las graciosas pecas que le adornaban el puente de la nariz le daban aspecto de duendecillo. Contaba con una inteligencia y una simpatía chispeantes, aunque su aspecto aniñado escondía una tenacidad y una fuerza de carácter que no poseía ninguno de ellos. A veces desaparecía durante varios días, lo que sumía a su madre en la angustia, para reaparecer igual de sonriente que siempre y sin soltar ni media prenda sobre su paradero.

Era un misterio para todos, y ni siquiera la brutalidad del padre conseguía domeñar su espíritu libre.

Cuando terminaron de comer, el padre se levantó de la mesa y se dirigió a su mujer, que se encogió de modo casi imperceptible.

—Arregla a la mocosa, deben irse ya.

En silencio, su madre intentó desenredarle como pudo el largo pelo y con un viejo trapo húmedo y sucio trató de limpiar algunas manchas de turba que ensuciaban sus mejillas. El padre le dio un brusco empujón hacia la puerta.

—¡Vete ya! Y recuerda que hasta que no hayas llenado tu falda de monedas no debes volver a casa. —Luego, dirigiéndose a Joseph, exclamó—: ¡Tú, ponte cerca!

Su hermano se limitó a asentir brevemente con la cabeza.

Mientras Silvia echaba sobre sus hombros un viejo chal lleno de agujeros y se ponía los viejos guantes de lana que el año anterior había robado Henry, pensaba que habría preferido que hubiese sido Charlie el encargado de vigilarla. En ese momento, Joseph le dio un empujón a la vez que exclamaba con desprecio:

—¡Vámonos ya, princesa!

Silvia no se molestó en replicar; contestar a su hermano habría equivalido a llevarse otro empujón o un pescozón en la cabeza, y aún le quedaban dos largas horas de caminata antes de llegar a una zona mucho más próspera donde podría esquilmar algunos peniques a los confiados transeúntes.

A pesar de que ya era primavera, las mañanas en las cercanías del río seguían siendo frías y desagradablemente húmedas. Silvia se arrebujó más en su chal mientras caminaba cabizbaja junto a Joseph, que silbaba una alegre canción. Ella lo miró de reojo y, por un breve instante, lo envidió. Joseph parecía totalmente contento y feliz con la suerte que les había tocado; no le pesaba en absoluto ser un ladrón, un ratero que vaciaba los bolsillos de los caballeros y arrancaba los bolsos de mano de las damas. En cambio, a Silvia cada vez le resultaba más penoso sentarse en la esquina de la calle que llevaba al mercado y que cruzaba una gran avenida llena de establecimientos, a pedir con voz lastimosa una moneda.

Llevaba mucho tiempo haciéndolo, pero cada día le parecía más humillante. El padre echaba la culpa a la madre cuando notaba reticencia en la hija, y la acusaba de meterle cuentos en la cabeza. Ciertamente, sus ingresos eran con mucho los más importantes de la casa, por lo que cuando su padre descubrió que el aspecto dulce y angelical de Silvia hacía que las damas se detuvieran y las movía a compasión mucho más que la estampa de las mu-

chachas miserables y tullidas, la instó a cuidarse un poco y dejó de pegarle para que no se viese mancillada y maltratada.

Uno de sus hermanos mayores la acompañaba siempre y la vigilaba mientras se dedicaba a sus raterías, básicamente para que ningún otro tunante tuviese la tentación de robar a la joven lo recaudado. Cuando comenzaba a atardecer regresaban ambos a la casa, con el estómago rugiendo y las articulaciones doloridas por haber soportado tanto tiempo en la misma postura. Así era la vida de Silvia desde que tenía uso de razón, y por más que soñara con dejar atrás la miseria en la que vivía no tenía esperanzas de que eso ocurriera nunca.

En ese momento, la estridente voz de la señora Husberry la sacó de sus cavilaciones. La anciana vivía cerca de la chabola que la joven compartía con su familia, y a pesar de ser huraña y grosera la mayor parte de las veces, en ocasiones la había sorprendido dándole a su madre un trozo de tocino o unas tripas de cordero. Silvia sospechaba que la anciana se compadecía de ellas por la violencia que el padre desataba contra la familia, pues jamás se había aproximado cuando el hombre estaba cerca.

—¡Ahí van los dos ladronzuelos a limpiar los bolsillos de algún incauto!

Mientras Silvia, avergonzada, se limitaba a bajar la cabeza, su hermano Joseph levantó un puño y exclamó:

—¡Cállate de una vez, vieja asquerosa!

No pareció que la señora Husberry se sintiese afectada por las crueles palabras de Joseph, pues únicamente levantó su sarmentoso dedo corazón en un gesto muy elocuente y siguió su camino.

—Joseph, no deberías hablarle así. Es una mujer mayor...

—¡Bah! Me tiene harto con sus aires de grandeza... ¿Quién se ha creído que es la muy puta? Sólo porque su

misterioso hijo la ayude y no necesite pedir ni robar no significa que sea mejor que nosotros.

Silvia apenas reparó en el deplorable lenguaje de su hermano. Estaba acostumbrada a las frases soeces y malsonantes; de hecho, exceptuando a su madre, todos en su familia insultaban y maldecían como si fuese la cosa más normal del mundo. Incluso a veces ella misma soltaba algún taco que le reportaba una silenciosa y triste mirada materna. En esas ocasiones se sentía tan terriblemente culpable que se prometía a sí misma que no volvería a decirlo más.

Por fin, llegaron a los alrededores del mercado. En ese lugar ambos se separaban y cada uno tomaba su camino, aunque Silvia podría verlo no sólo a él, sino a otros muchos jóvenes del East End, bien fuera pidiendo, bien robando lo que pudieran. No era extraño que el día se saldase con una detención o una paliza. Hasta el momento, sus hermanos habían tenido suerte y jamás habían sido atrapados.

Con un suspiro de resignación, Silvia se sentó en una esquina que le pareció algo más limpia que las demás y se dispuso a esperar que la mañana fuese avanzando y que con ella llegaran las adineradas damas que se convertirían en sus improvisadas benefactoras.

Cheryl miraba de reojo al hombre esperando que se marchara, pero él parecía no tener prisa. Unos años antes también ella había acudido al mercado a pedir y a robar lo que había podido; ahora una profunda cojera le impedía caminar demasiado lejos, y allí, en St. Katharine Docks, todos eran tan o más pobres que ellos, así que se quedaba en la casa y trataba de hacer sopa con algún resto de casquería que encontrase en la puerta trasera de la carnicería o que le diese la señora Husberry, remendaba algunos de los harapos que les servían de ropa o se sentaba en la

desvencijada banqueta de tres patas y dejaba vagar la mente hasta que la desesperación y el dolor la devolvían al presente; entonces observaba con renovado estupor la terrible situación a la que se había visto abocada.

De no haber sido por sus hijos, ella habría tirado la toalla mucho antes, pero sentía una infinita lástima por Silvia; sabía que nunca se recuperaría de algo así.

Desde que había nacido, catorce años antes, había sido como la luz de un faro en mitad de una tempestad. Había volcado en ella sus anhelos y había fantaseado con una nueva vida para ese bebé perfecto y dulce que le había devuelto algo de su alegría. Pero ya no le quedaba ninguna esperanza; sólo dolor y una terrible sensación de culpabilidad por no haber sido capaz de salvar a sus hijos del destino miserable al que estaban condenados.

—Mujer. —Cheryl no pudo evitar estremecerse al saberse centro de atención del hombre; ya no le salía llamarlo «su hombre»—. Hay alguien interesado en comprar a Silvia. Pagará más dinero del que jamás has soñado ver en tu vida.

—¡No! —El grito desgarrado los sorprendió a ambos. Hacía mucho tiempo que Cheryl no se enfrentaba a él.

Bajando nerviosamente la vista a sus dedos entrelazados, añadió con voz apenas audible y temblorosa:

—Es aún una niña. No lo entenderá...

—¿Una niña, dices? Con su edad tú ya tenías la barriga llena como un pavo de Navidad.

—Era dos años mayor.

—No importa. No puedo desaprovechar una oportunidad como ésta.

Entonces, Cheryl se tiró al suelo y, abrazándose a las rodillas del hombre, gimió:

—¡Por favor, Cameron! ¡Todavía no! ¡Por favor!

—¡Apártate, zorra!

Al mismo tiempo que lo decía, le propinó una fuerte patada en la barbilla, y la mujer quedó tumbada de espal-

das, aturdida y sollozante, en el suelo, mientras él salía dando un fuerte portazo.

Silvia observaba cómo las dos damas, seguidas por una criada y un robusto lacayo, la miraban mientras se acercaban; sabía que le darían una limosna, ya que era capaz de predecir, con un margen escasísimo de error, ese tipo de gestos.

Efectivamente, una de ellas, la más joven, se detuvo a su lado mientras tiraba ligeramente del brazo de su acompañante.

—¡Mírala! ¡Pobrecita!

La dama de más edad se limitó a escrutarla atentamente, con su picuda barbilla levantada, y a continuación, como si Silvia sólo fuese un molesto insecto, exclamó:

—¡No te dejes engañar por su angelical aspecto! Seguro que es tan miserable y ladrona como toda esa gentuza.

Silvia tuvo que bajar los ojos para contener la réplica furiosa que se le vino a la boca y apretó los labios fuertemente, tratando de evitar que su genio la traicionara.

—¡Oh, vamos, tía Rose! ¡No digas eso! —repuso la dama.

De inmediato, la joven buscó algo en su pequeño bolsito de mano, sacó una opaca moneda de cobre y se la entregó a Silvia, que agradeció la acción con servilismo, tal y como le habían enseñado.

Las dos damas se alejaron hablando en voz baja, seguidas de sus sirvientes, que antes de marcharse lanzaron una mirada despectiva por encima del hombro hacia el lugar en el que ella se encontraba. Pero Silvia ya no les hacía caso, ocupada como estaba en esconder entre sus raídas ropas la moneda que acababa de recibir.

Cuando el atardecer comenzó a teñir de rosa el grisáceo cielo, la muchacha dejó escapar un tenue suspiro. Ahora sólo tenía que esperar a Joseph, que pronto ven-